

Encuentro número 8

J. G. H. TESTIGO DE FE:
MENSAJERO DE PAZ

HAZ
EL
BIEN



J. G. H. TESTIGO DE FE: MENSAJERO DE PAZ

La paz esté con ustedes, como el Padre me envió así los envío yo.
(Jn 20,21)

*Puede asegurarse que en pos del féretro del Doctor Hernández todos
experimentamos el deseo de ser buenos.*
(Rómulo Gallegos)

Ambientación

Se arregla una mesita en el centro del encuentro con símbolos de Paz y una imagen de José Gregorio Hernández y una vela encendida. Música de fondo alusiva a J. G. H.

Oración inicial

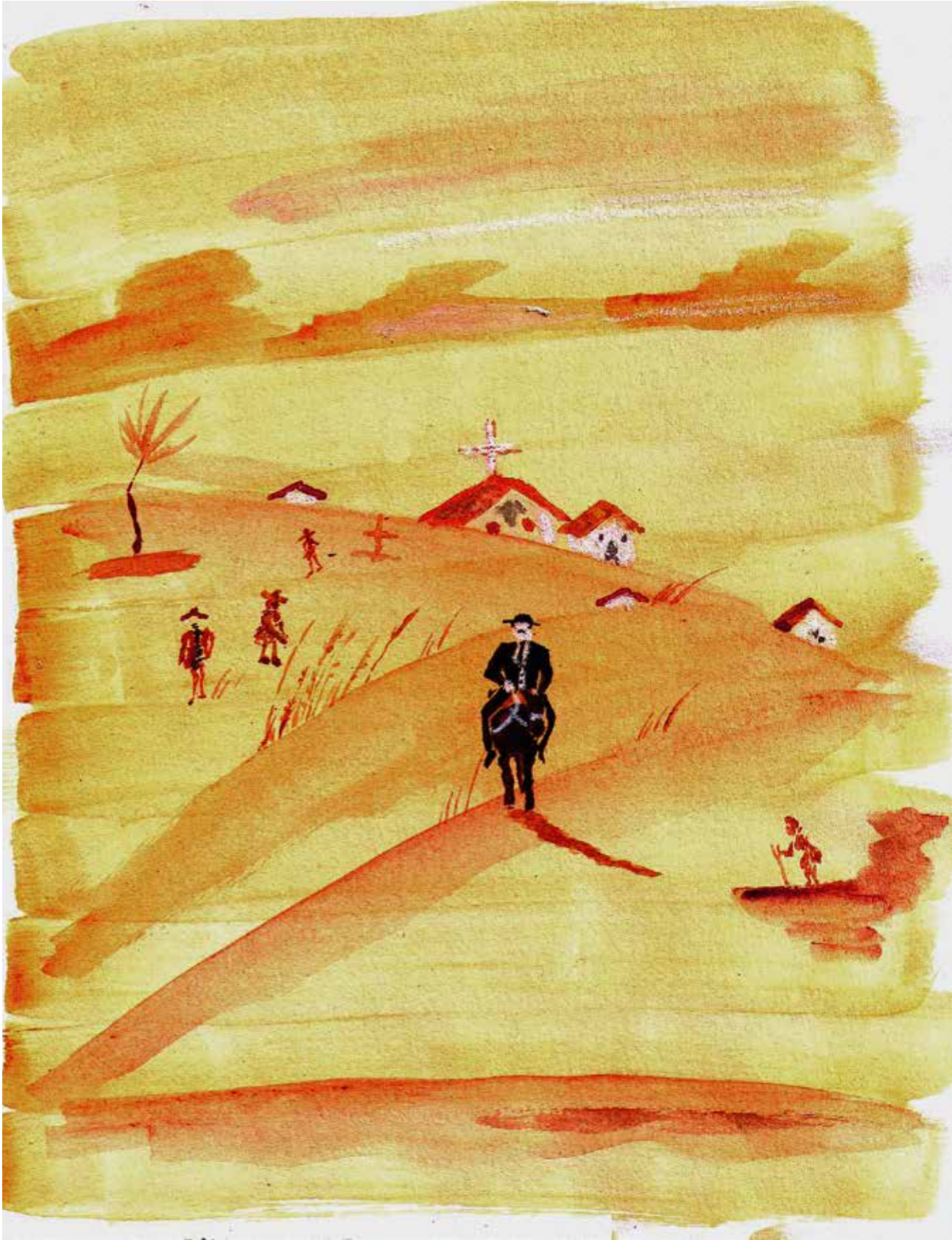
Se reza la oración de San Francisco. “Haz de mí Señor un instrumento de tu paz”. (Puede ser cantada – YouTube)

Sagrado Corazón de Jesús/ en vos confío
Santa María/ ruega por nosotros
José Gregorio Hernández/ ruega por nosotros

Contemplemos la vida de J. G. H.

Quienes conocieron al Dr. José Gregorio Hernández resaltan que su presencia irradiaba paz y bondad, fruto del don de Dios combinado con un arduo y disciplinado trabajo interior cotidiano. Don y tarea. El Dr. Hernández vivió con disciplina, voluntad y devoción como agradecimiento al amor de Dios recibido. Fue un siervo fiel y cumplidor (Mt 25,14-30) como señala la parábola de los talentos.

Vivió su fe, junto a otros, fue miembro de la tercera orden franciscana (OFS) en la cual profesó el 7 de diciembre de 1889, en la iglesia las Mercedes, centro de Caracas, según consta en el libro de actas. Como buen seguidor de San Francisco de Asís oró incansablemente con mucha devoción “Haz de mí, Señor, un instrumento de tu paz [...]”, petición que combinó con otras prácticas devocionales y las obras de misericordia, propias del catolicismo popular en el que creció. A lo largo de su vida, Dios le fue acompañando para que fuera signo de paz y bondad, amor a los pobres y así hiciera el bien a todos en nombre de nuestro Señor Jesucristo, centro de su vida.



No fue tarea fácil, su infancia y juventud transcurrieron en un país hundido en la miseria a consecuencia de las guerras que sacudieron a la Venezuela de su juventud. Conoció desde joven, en carne propia, la fuerza destructora de la violencia que surge de las ambiciones de poder, del odio, de las discordias, y de los egoísmos despiadados. Los desastres de las guerras fratricidas lo llevaron, en nombre de Dios, a tener clara conciencia de la importancia de apostar por la vida y la paz.

También, personalmente, a consecuencia de las enfermedades existentes en su tiempo, que acortaban las esperanzas de vida de la población, tuvo pérdidas dolorosas y significativas de seres queridos a lo largo de toda su biografía, hecho que a cualquiera le hubiese robado la paz interior y sumergido en un conflicto existencial con Dios. Para él, el dolor y sufrimiento, fueron experiencias límites, que golpearon hondamente su estabilidad emocional, pero que supo asumirlas con la fortaleza y la paciencia propias de un testigo de fe.

La paz fue un camino personal, nos comenta en su libro de filosofía:

[...] esta filosofía me ha hecho posible la vida. Las circunstancias que me han rodeado en casi todo el transcurso de mi existencia, han sido de tal naturaleza, que muchas veces, sin ella, la vida me habría sido imposible. Confortado por ella he vivido y seguiré viviendo apaciblemente. Más si alguno opina que esta serenidad, que esta paz interior de que disfruto a pesar de todo, antes que a la filosofía la debo a la religión santa que recibí de mis padres, en la cual he vivido y en la que tengo la dulce y firme esperanza de morir, le responderé que todo es uno.

Pero el doctor Hernández no solo se ocupó de su paz interior y la de su país, sino que, también, por su experiencia internacional, era un seguidor del acontecer mundial y tenía la esperanza de que ocurriera pronto la paz mundial, por la que oraba con fervor a nuestro Señor.

Gracias a la oportunidad que tuvo de vivir en el exterior, tanto por sus estudios de medicina en Europa y Estados Unidos, como por su búsqueda religiosa de querer ser sacerdote, era consciente que la convivencia entre los pueblos del mundo estaba amenazada por una inminente Primera Guerra Mundial, la cual estalló el 28 de julio de 1914, con un cese al fuego el 11 de noviembre de 1918. Durante todo este período de pre-guerra y Guerra Mundial, la paz del mundo se convirtió en una intención central de su oración y, cuando la guerra concluyó con la firma del tratado de Versalles, en Francia, el 28 de junio de 1919, un día antes de su muerte, su alegría era plena y reveló a un amigo que había ofrecido su vida en holocausto. Miguel Yáber, médico y profesor universitario, en su obra *José Gregorio Hernández* (Tripode, 1997) citando al Padre Carlos Plaza, recuerda el diálogo que se dio entre el científico y un amigo quien, al verlo muy contento después de rezar y comer, le preguntó a qué se debía tanta alegría. Hernández le responde: “¿Cómo no voy a estar contento? Se ha firmado el tratado de paz, ¡la paz del mundo! [...] le voy a hacer una confidencia: yo he ofrecido mi vida en holocausto a Dios por la paz del mundo”. Un día después de esta consoladora anécdota el Dr. Hernández muere atropellado en la esquina de Mijares, en La Pastora.

Su bondad y su paz no solo irradiaron durante su vida, sino también en su funeral. El doctor David Lobo, para entonces presidente de la Academia de Medicina dijo: “¿Dónde hubo dolor que no aliviara? ¿dónde pena que no socorriera? ¿dónde flaquezas que no perdonara? En su pecho generoso, no germinaron nunca el odio ni el rencor...”. Luis Razetti insiste ese mismo día: “[...] 31 años consagrados a la práctica del bien bajo las dos más hermosas formas de la caridad: derramar luz desde la cátedra de la enseñanza, y llevar al lecho del enfermo, junto con el lenitivo del dolor, el consuelo de la esperanza”. Y el gran novelista Rómulo Gallegos,

con su fuerza discursiva, describe así el funeral: “[...] No era un muerto a quien se llevaba a enterrar; era un ideal humano que pasaba en triunfo, electrizándonos los corazones; puede asegurarse que en pos del féretro del Doctor Hernández todos experimentamos el deseo de ser buenos.”

Conversemos sobre la vida de J. G. H.

- Reconstruyamos entre todos el relato de esta faceta del doctor J. G. H. Echamos el cuento con nuestras propias palabras.
- Hagamos silencio, y compartamos lo que más nos ha llamado la atención de esta dimensión de la vida de J. G. H. ¿Qué hechos resaltamos?
- ¿Qué valores logramos percibir en su vida y actuación?

Miremos nuestra realidad

Los indicadores de violencia social y política en nuestro país son alarmantes, dolorosamente somos uno de los países más violentos de la región. Ante esta situación, en nuestra Iglesia hemos conformado desde hace muchos años “la red social de la Iglesia”. Es un tejido de organizaciones que se dedican principalmente a la pastoral social; allí hacen vida Cáritas, Avessoc, el Centro Gumilla, Parque Social de la Universidad Católica, Cesap, Fe y Alegría, Movimiento Juvenil Huellas, Oscasi, Hogar Virgen de los Dolores, y muchas otras organizaciones que desde la fe en Jesucristo trabajan por la justicia social y la construcción de la paz. Todos los años esta red organiza “El encuentro de constructores de paz” que se ha convertido en un espacio importante para reflexionar desde la fe la misión de los cristianos ante los desafíos que afrontamos hoy. Es un espacio para intercambiar experiencias positivas, acompañarnos, animarnos y así fortalecernos en el camino de construcción de paz. También, existen redes de organizaciones de DD. HH. que día a día trabajan por la defensa de la dignidad humana, apostando para que los venezolanos podamos vivir en un país donde hayan instituciones que amparen y protejan los derechos de las personas y comunidades.

- ¿Qué nos llama la atención de lo que acabamos de escuchar? ¿Conocemos a la red social de la Iglesia? ¿Qué pensamos de esta iniciativa?
- ¿Cómo actuaría J. G. H. hoy ante la situación que vivimos los venezolanos? ¿Qué diría? ¿Qué acciones realizaría? ¿A que nos invitaría?
- ¿Qué significa ser constructores de paz hoy en Venezuela? ¿Qué pasos podemos dar desde lo pequeño? ¿Qué iniciativas hay en mi parroquia?

La Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos

Jn 20, 19-23 “La paz esté con ustedes”

- Conversemos y reconstruyamos entre todos el pasaje del Evangelio. ¿Dónde y cómo se encuentran los discípulos? ¿Qué sucede en el encuentro con Jesús? ¿A qué les envía Jesús?
- Contemplando esta escena del Evangelio ¿en qué medida podemos decir que J. G. H. acogió y entregó a los demás la paz de Cristo?

- Al escuchar la proclamación del Evangelio y la dedicación de J. G. H. a construir la paz ¿Qué nos toca decir y hacer a nosotros hoy como Iglesia ante la situación de violencia que vivimos?

Momento celebrativo

Se hace silencio. Música de fondo. Se coloca un florero vacío en la mesita del centro donde está J. G. H., Jesús y la Virgen, y se reparte una rama verde o unas flores silvestres a los participantes y se les pide que piensen una palabra o mensaje de paz. Después de un rato de silencio, uno a uno dice la palabra y coloca en el florero la rama o flor, y entre todos van llenando el florero. Al final, se reza el Padre Nuestro como señal de fraternidad y paz y, el animador del encuentro rocía agua bendita a los participantes.

Sagrado Corazón de Jesús/ en vos confío
Santa María/ ruega por nosotros
José Gregorio Hernández/ ruega por nosotros

Compartir la mesa

J. G. H. acostumbraba merendar con una taza de chocolate y una acemita con queso de año. Compartir la mesa en familia en nombre de Dios obra milagros en nosotros. Procuremos que sea un espacio ameno, con música venezolana de fondo. Se trata de un encuentro agradable, donde se exprese lo más genuino de nuestra venezolanidad, porque “José Gregorio es nuestro”.

